



6112
El Mercurio
E8 Domingo 12 de Julio de 1998

• CRONICAS CULTURALES •

Encarando a Oscar Wilde

La desgracia que le ocurrió a Oscar Wilde en 1895 estuvo a punto de destruir a su familia. Transcurrieron largos años de secreto póstumo antes que su nieto, Martin Holland, seciera cuenta que podría aceptar con orgullo a su antepasado.

En temprano en la tarde de un día de fines de noviembre de 1894. Me encontré sentado en la penumbra de una de las naves laterales de una iglesia que queda en el barrio de la Rive Gauche en París. No recuerdo cuántas veces he venido a la Iglesia de Saint-Germain-des-Près para encender una vela en la capilla del Sagrado Corazón. Venía solo, como si se tratara de algo mecánico. Ni siquiera estoy seguro del porque me encuentro aquí, un sentido de deber familiar? Varias decenas de velas encendidas se alineaban a la entrada de la capilla, muchas más de lo acostumbrado y ello que la misa todavía no se encontraba entre ellas. Comencé a pensar que día será este, creí que se celebraba la festividad de algún santo muy venerado, pero repentinamente recordé que era un aniversario de la muerte de mi abuelo, ocurrida el 30 de noviembre de 1900.

Aquí me encontraba sentado, con mi vela aún sin encender, ofendido por lo que parece una intervención pública de parte de personas extrañas para celebrar este día que yo no recuerdo. Fue en ese momento en que la sangre y la historia comenzaron a fluir juntas y me encontré siendo el involuntario canal en el que corría un siglo de dolores familiares no locos.

Por primera vez siento como si fuera parte de mí mismo y no sólo simples y lechados recuerdos pertenecientes al pasado. Fue entonces cuando el resentimiento abrió paso a la gratitud, fue algo semejante a un aturdimiento al darme cuenta de que tengo un derecho a reclamar esta parte de mi patrimonio familiar y, con él, seguir adelante. Encontre mi vida. En sólo algunos minutos ya era imposible distinguirla de las

otras, no era sólo un vasculito trófico entre muchos otros. Me retiré por una puerta lateral, detrás mio quedaban quemándose mis trévidas años de incertidumbre. Yo tenía quince años antes de que recordara que mi padre me había por primera vez de Oscar. Temprano en la mañana, durante un caluroso día del larín y ardiente verano de 1961, mi padre me llevó a caminar por las calles de Chelsea, barrio en que vivíamos. A medida que pasábamos las casas que le trahía recuerdos, me explicaba las (la describiendo. Me mostró la casa de los Wilde en Tite Street, lugar en que él había nacido. Los jardines del Royal Hospital en los que él y su hermano habían jugado cuando eran niños. Debo haber estado desorientado de preguntas, ya que cuando volvimos me entregó una copia de su autobiografía — "Soy O Oscar Wilde" — escrita en 1964. Me dijo "me parece que ya ha llegado el momento en que te debes leerla". De lo que respecta a los primeros años de mi padre, fue elocuente y conmovedor. Sentí que, cuando la escribía, inspirado por mi madre, sacaba un gran número de las heridas recibidas en su niñez. Así como Constantine había estado al extranjero a sus dos hijos durante el tiempo en que a Oscar se le juzgaba en los tribunales, cómo ella más tarde había partido sola y para verla obligada a cambiar su nombre por el de Holland cuando el dardo de un hotel suizo descubrió quienes verdaderamente eran y de inmediato les acusó, hasta la puerta de salida. No obstante, referente a la caída en desgracia de Oscar no había casi nada escrito. Sólo cubría dos o tres párrafos y la razón por la que se le había encarcelado jamás se mencionó. Juzgando todo lo sucedido conforme al contexto de los años 90, esto no era para sorprenderse, pero no me ayudó a comprender el aura de vergüenza póstuma que parecía rodear la vida privada de mi abuelo. Hasta en las mismas biografías póstumas que mi padre había escrito en 1960, sólo se referían, a lo más, a una "estrecha amistad" entre Oscar y Lord Alfred Douglas, la que había "irrigado, ciertos rasgos", y, al reproducir una de las solicitudes de Oscar desde la prisión, él había insistido que la familia en la que se mencionaba un crimen — frase (adverbia) — fuera borrada. No puedo recordar sino veladas y pasajeras alusiones que hizo frente a al acerca de su padre. Debido a que la última vez que vi a Oscar sólo tenía ocho años, de hecho no podría haberme contado mucho más. Sin embargo, de forma retrospectiva, me parece que si deseo que yo sentía por saber los hechos se encontraba de forma insatisfactoriamente relacionado con la necesidad de que alguien me asegurara cómo enfrentar la situación cuando yo, finalmente, terminara por saber la verdad. Si el transcurso del tiempo había hecho que mi padre sintiera un menor dolor causado por el escándalo y el exilio, no había sido lo suficiente como para que pudiera hablar de forma abierta acerca del impacto emocional que lo afectó y, aunque en mucho menor medida, también a mí. Por otra parte, mi madre falleció a los ochenta, cuando yo tenía 21 años y mis preguntas jamás fueron hechas. Cuando yo tenía 17 años me dijo que Oscar y "Bosie" Douglas habían mantenido una amistad totalmente platónica y que los tres casos que se ventilaban en los tribunales se basaron en evidencias presentadas por perjurados pagados. Con igual convencimiento le dije lo mismo a un compañero de escuela, quien me dijo con toda franqueza que pensaba acerca de mí y de mi abuelo. Respondí iniciando una pelea para defender el honor de mi familia y por este lo simplemente me expulsaron de la escuela. En 1967, cuando aún no me había graduado de Oxford, una revista estadounidense me pidió que escribiera un artículo acerca la teoría que Wilde tenía de la estética. Ya que yo estaba estudiando francés, escribí acerca de la influencia que ejerció sobre aquel el poeta-ciente Rabelais y le escribí a mi padre dándole a co-

cha amistad" entre Oscar y Lord Alfred Douglas, la que había "irrigado, ciertos rasgos", y, al reproducir una de las solicitudes de Oscar desde la prisión, él había insistido que la familia en la que se mencionaba un crimen — frase (adverbia) — fuera borrada. No puedo recordar sino veladas y pasajeras alusiones que hizo frente a al acerca de su padre. Debido a que la última vez que vi a Oscar sólo tenía ocho años, de hecho no podría haberme contado mucho más. Sin embargo, de forma retrospectiva, me parece que si deseo que yo sentía por saber los hechos se encontraba de forma insatisfactoriamente relacionado con la necesidad de que alguien me asegurara cómo enfrentar la situación cuando yo, finalmente, terminara por saber la verdad. Si el transcurso del tiempo había hecho que mi padre sintiera un menor dolor causado por el escándalo y el exilio, no había sido lo suficiente como para que pudiera hablar de forma abierta acerca del impacto emocional que lo afectó y, aunque en mucho menor medida, también a mí. Por otra parte, mi madre falleció a los ochenta, cuando yo tenía 21 años y mis preguntas jamás fueron hechas. Cuando yo tenía 17 años me dijo que Oscar y "Bosie" Douglas habían mantenido una amistad totalmente platónica y que los tres casos que se ventilaban en los tribunales se basaron en evidencias presentadas por perjurados pagados. Con igual convencimiento le dije lo mismo a un compañero de escuela, quien me dijo con toda franqueza que pensaba acerca de mí y de mi abuelo. Respondí iniciando una pelea para defender el honor de mi familia y por este lo simplemente me expulsaron de la escuela. En 1967, cuando aún no me había graduado de Oxford, una revista estadounidense me pidió que escribiera un artículo acerca la teoría que Wilde tenía de la estética. Ya que yo estaba estudiando francés, escribí acerca de la influencia que ejerció sobre aquel el poeta-ciente Rabelais y le escribí a mi padre dándole a co-

La complejidad de la figura de Oscar Wilde es enorme. un argo-vendito con simpatías nacionalistas; un protestante con inclinaciones católicas de toda una vida; un homosexual casado con dos hijos; un músico de las palabras y pintor del lenguaje que confió a André Gide que se aburría escribiendo.

de vista sexual, sólo más bien porque los rasgos sanguíneos se transmiten virtudes ni habilidades y, por tanto, para que iba a querer saber algo al respecto si no iba a reclamarlas?

Cuando en 1954 volví a Gran Bretaña, descubrí que la vida de Oscar Wilde ya no era tema de murmuraciones y de conversaciones indirectas. Se hablaba de su homosexualidad sin dificultad alguna y ante los ojos del público la vida y obra de este hombre finalmente podrían volver a unirse por primera vez desde su muerte. La legalización de las relaciones homosexuales

Encarando a Oscar Wilde.[artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1998

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Encarando a Oscar Wilde. [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile